

JAMÁS DESESPERAR DE LA MISERICORDIA DE DIOS (RB 4,74)²⁹

I. El último instrumento del arte espiritual

1. Benito y el Maestro

Como último instrumento del arte espiritual Benito indica: “Y jamás desesperar de la misericordia de Dios” (RB 4,74). Había introducido su lista con el doble mandamiento del amor: “Ante todo, amar al Señor Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas”, y además “al prójimo como a sí mismo” (4,1-2). Como consecuencias de ese primer mandamiento seguían exhortaciones a comportarse bien con respecto a Dios, al prójimo y a uno mismo. La segunda parte de la enumeración comenzaba con esta otra invitación: “Poner en Dios su esperanza” (4,41) y ahora nos dice a manera de conclusión: “Y jamás desesperar de la misericordia de Dios”. Esta palabra consoladora, introducida por una “y”, sella como lo haría una clave de bóveda la larga lista de los instrumentos: ... y jamás perder la esperanza (*desperare*), la confianza en la misericordia de Dios.

Aquí debemos señalar una diferencia entre el Maestro y san Benito. En el Maestro leíamos: “Y jamás desesperar *de Dios*” (RM 3,77). Benito, al cambiar la expresión, al hablar de “misericordia de Dios”, lo hace conscientemente, y en función de los instrumentos anteriores. En efecto, son muchas las cosas que tiene que observar el monje si quiere “poseer la vida verdadera y perpetua” (Prol. 17). Pero, al mirarse a sí mismo, ¿no se desanimará frente a tantas exigencias? La experiencia nos muestra qué frágiles somos, a pesar de toda nuestra buena voluntad. ¿Quién de nosotros podría decir que cumple con el contenido del capítulo 4? Consideremos solamente los últimos instrumentos: “No tener celos, no obrar por envidia, no ser pendenciero, –hacer las paces antes de acabar el día con quien se haya tenido alguna discordia–”. ¿Quién de nosotros nunca experimentó alguna dificultad a este respecto? Y a continuación cuando escuchamos que debemos manejar esos instrumentos incesantemente para devolverlos en el día del juicio y recibir una recompensa (4,76), ¿quién no se plantea la pregunta de saber si ha respondido suficientemente a todas sus exigencias? Benito conoce nuestra buena voluntad, pero también conoce nuestras flaquezas cotidianas, por eso nos dirige esta palabra reconfortante: “Jamás desesperar de la misericordia de Dios”. En otras palabras: Dios no nos retira su misericordia mientras pongamos en Él nuestra esperanza. Esto es válido para toda nuestra vida. Aun cuando tengamos buenas razones para creer que hemos practicado los “instrumentos del arte espiritual”, aun cuando verdaderamente hayamos hecho todos los esfuerzos necesarios para “responder con nuestras obras a las santas exhortaciones del Señor” (Prol. 35), necesitamos de la misericordia de Dios, somos “siervos inútiles” que no han cumplido más que su “tarea”. Lo más importante es la gracia de Dios. Y ella nos basta. Dios nos la otorga por su misericordia.

2. La misericordia de Dios

Benito dice: “Y jamás desesperar de la misericordia de Dios *-Et de Dei misericordia nunquam desperare-*”. Por su contacto cotidiano con la Sagrada Escritura se ha familiarizado con ella. La única palabra latina “*misericordia*” de la *Vulgata* traduce –con la versión griega de los LXX, a la cual se remite– varias palabras diferentes del hebreo. Así se explica la frecuente presencia de

²⁹ De *Collectanea Cisterciensia*, Tomo 45, 1983, 1. Tradujo: Hna. Inés Graciela Sufé, osb. Monasterio “Gozo de María” (San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina).

“*misericordia*” en la traducción latina de la *Vulgata*, sobre todo en los salmos. Allí donde encontramos en nuestras traducciones varias palabras diferentes tales como “gracia”, “benevolencia” y “bondad”, en la *Vulgata* leemos “*misericordia*” con el sentido de “misericordia”, “piedad” en cuanto que es un testimonio de la gracia divina. A menudo escuchamos al salmista que tiene confianza y espera en la misericordia de Dios: “*In Dei misericordia sperare*”, lo cual no es más que la formulación positiva del precepto benedictino: *In Dei misericordia numquam desperare*, nunca perder la esperanza, la confianza en la misericordia de Dios.

Para Benito la “*misericordia Dei*” es una cualidad predominante de la acción salvadora de Dios a tal punto que la introduce en su enumeración. Fuera de ella, el monje no puede nada. Tiene necesidad de la misericordia de Dios. La confianza en la misericordia de Dios corresponde a la humildad en cuanto que ésta es esa actitud fundamental que hace esperar todo de Dios, y que permite llegar a la verdadera libertad en esa dependencia total con respecto a Dios.

II. “¿Habrà aquí tal vez misericordia de Dios, Padre?”

1. *El monjecito y el propietario del jardín*

Es conocida la anécdota que transmiten los apotegmas:

Un hermanito fue enviado por su abad a cierto hermano que tenía un jardín en el Sinaí, para pedir algunos frutos al anciano. Cuando llegó al jardín, le dijo al hermano que era el propietario del jardín: “Padre, ¿tienes algunos frutos como me ha dicho mi abad?”. Él le dijo: “Sí, hijo mío, todo lo que quieras; es allí; toma todo lo que necesites”. El pequeño monje le dijo: “¿Habrà aquí tal vez misericordia de Dios, Padre?”.

Cuando el otro escuchó esas palabras, permaneció pensativo, con los ojos en tierra y dijo al joven: “¿Qué has dicho hijo mío?” El joven repitió: «Dije, Padre: “¿Habrà aquí tal vez misericordia de Dios, Padre?”». Y nuevamente por tercera vez el hermano le hizo la misma pregunta.

El propietario del jardín permaneció un momento en silencio y no supo qué responder al joven, pero suspirando le dijo: “¡Dios nos ayude, hijo mío!” Y dejando al joven, inmediatamente, tomó su melota y se marchó al desierto, abandonando el jardín y diciendo: “Vayamos a buscar la misericordia de Dios. Si un niño pequeño me ha interrogado sin que pueda darle una respuesta, ¿qué haré cuando sea interrogado por Dios?”³⁰.

El apotegma nos hace pensar en el *Principito* de Saint-Exupéry quien, por medio de preguntas inesperadas, remite a lo esencial. Las cosas que son de mayor importancia, para los adultos, no le interesan. En su infantil ingenuidad, muestra lo que verdaderamente importa en la vida.

2. *El pedido de misericordia en el umbral de la vida monástica*

El monjecito pregunta sobre la misericordia de Dios. Es lo que busca verdaderamente, lo que desea más que todos los frutos del jardín. Todos nosotros deberíamos tener ese deseo. Por lo menos una vez en nuestra vida, todos nosotros expresamos un pedido semejante al del monjecito.

Hagamos memoria: al finalizar el noviciado, en el momento de nuestra petición, cuando nos pusimos de pie después de habernos postrado, se nos hizo esta pregunta: “¿Qué pides?”. Y

³⁰ Apotegma N° 526 citado según la traducción de *Les sentences des pères du désert. Nouveau recueil*, Solesmes, 1970, pp. 92-93.

respondimos: “La misericordia de Dios y la admisión en esta comunidad”.

Indudablemente, la manera más espontánea de comprender el pedido del novicio es considerarlo como un pedido a ser simplemente recibido y aceptado en la comunidad. También la pregunta inicial del monjecito al propietario del jardín parecía no apuntar más que a los frutos del jardín sin otra precisión. Con todo, lo primero que pide el novicio –así como también el monjecito– es la misericordia de Dios. ¡Y esto es algo insólito, y doblemente insólito! En primer lugar porque el novicio dirige este pedido de la misericordia de Dios al abad y a la comunidad. Y además, por un segundo motivo. He aquí a alguien, joven que llega dispuesto a entregarse completamente, a ponerse con todas sus fuerzas al servicio de Dios en esta comunidad. Ahora bien, no pide poder poner en práctica todas sus buenas disposiciones. No. No pide más que poder obtener la misericordia de Dios. Y esto, por supuesto, no solamente para el día de su profesión, sino mucho más allá: para toda la vida.

Realmente semejante pedido debería hacer reflexionar a una comunidad. Debemos plantearnos esa pregunta a nosotros mismos: “¿Hay aquí –en nuestra comunidad– misericordia de Dios?”. Pero indudablemente en el momento de una petición, nosotros no nos planteamos esta pregunta porque ya de antemano sabemos muy bien lo que se pide y lo que se responde, como para poder seguir sorprendiéndonos y asombrándonos.

¿En qué pensamos cuando se nos preguntó sobre lo que deseábamos y respondimos: “La misericordia de Dios”? ¿Fue acaso solamente la repetición de una fórmula aprendida de memoria, o no se trataba verdaderamente de nada más que de la misericordia de Dios y de la vida en comunidad? ¿Qué pasa hoy? ¿Nuestro deseo es siempre el mismo y nos “contentamos” con la misericordia de Dios y la vida en comunidad? ¿O acaso nuestras exigencias se han orientado peligrosamente hacia otra dirección, relegando a un segundo plano –para más tarde, cuando ya nada podamos– nuestro deseo de la misericordia de Dios?

Cuando Benito dice: “Jamás desesperar de la misericordia de Dios” deberíamos pues remitirnos directamente al pedido de la misericordia de Dios que hicimos antes de la profesión. En ese momento cantamos el versículo del salmo: “Recíbeme, Señor, según tu promesa y viviré; no permitas que sea defraudada mi esperanza” (*Sal 118,116*). Sabíamos que dependía de nuestra confianza en Dios el que no fuéramos defraudados (*et non confundas me ab expectatione mea*). Nuestra confianza en la misericordia divina tiene una importancia decisiva en nuestra vida.

3. La misericordia de Dios a lo largo de los días

El pedido explícito de la misericordia de Dios se sitúa al comienzo de nuestra vida monástica. Sin duda sentiremos más esta necesidad con el paso de los años, a medida que declinen las fuerzas. Pero, ¿qué pasa en el período comprendido entre la primera petición de los días del noviciado y el momento de la muerte en que nos encomendamos a esta misma misericordia? ¿Qué pasa hoy?

“Jamás desesperar de la misericordia de Dios” puede expresarse con una fórmula positiva: “Siempre poner su esperanza en Dios”. Siempre, por lo tanto, también en este instante en el que sentimos apenas la necesidad objetiva de la misericordia divina. Dios está siempre ofreciéndonos su misericordia –aun antes de que lo invoquemos (cf. Prol. 18)–. Depende de nosotros rechazarla, o no prestarle atención, o acogerla.

Si celebramos conscientemente la liturgia, no podemos evitar acordarnos continuamente de la misericordia de Dios. ¡Cuántas veces la invocamos!

Citaré solamente el *Sal 50* que da comienzo a nuestra salmodia cotidiana: “*Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam*” y el clamor de súplica al principio de la celebración

de la Eucaristía: “*Kyrie eleison*”. Dios tiene piedad de nosotros, y desde la mañana nos sacia de su misericordia (“*Repleti sumus mane misericordia tua*”: *Sal* 89,14). Estos pocos ejemplos bastan para subrayar la frecuencia con la cual invocamos cada día la piedad del Señor para con nosotros y expresamos nuestra confianza en la “*misericordia Dei*”.

El hecho de escuchar hablar hoy tan poco de la misericordia de Dios, nos puede hacer sospechar que existe un cierto malestar y una traba respecto de la misericordia, entre otras cosas, por la siguiente razón.

La evaluación de los atributos divinos depende más o menos de la estima que se otorgue a los valores correspondientes en el ámbito humano. No podemos expresar de Dios sino lo que conocemos por nuestra propia experiencia. Cuando Juan dice que Dios es amor, no podemos comprenderlo sino porque en las relaciones humanas el amor tiene para nosotros un gran valor, del mismo modo que cuando decimos: Dios es misericordioso, Él nos muestra su piedad, su misericordia. De la misma manera que los hombres son misericordiosos, así infinitamente, lo es Dios. Dice el *Sal* 103,13: “*Quomodo miseretur pater filiorum, misertus est Dominus timentibus se*. Cual la ternura de un padre para con sus hijos, así de tierno es Yahveh para quienes le temen”.

Pero hoy en el campo de las relaciones humanas, ya casi no se conoce más esta necesidad de misericordia. En una palabra: no se quiere más misericordia, se quiere el justo derecho. El oprimido tiene derecho a que nos comprometamos por él, y el indigente tiene derecho a que compartamos con él... Rechazamos todo lo que establece una cierta dependencia, aunque más no sea la dependencia de la gratitud. Ya no queremos más ser objeto de misericordia para los demás, ya no queremos más recibir limosna; queremos realizar nuestra vida solos, en el respeto de nuestros derechos y de nuestras propias capacidades.

Y trasladamos a Dios esta concepción de la misericordia. Así a menudo ocurre que preferimos recurrir a su justicia más que a su misericordia, lo cual a veces nos conduce a pedirle a Dios que defienda nuestros derechos más que a pedirle que tenga piedad de nosotros. Esperamos que Dios nos dé un día lo que nos corresponde: nuestro salario “por nuestra práctica incansable de los instrumentos (de las buenas obras)”.

Sin embargo, si estudiamos el tema de la justicia de Dios en la Sagrada Escritura, sobre todo en el Nuevo Testamento, constatamos que la justicia de Dios está muy cerca de su misericordia. Ante todo, la Justicia de Dios no es una justicia humana elevada a un nivel superior. Por el contrario, la justificación, es decir, el hecho de devenir justos por medio de la gracia de Dios, y la justicia del propietario de la viña con respecto a los obreros que contrata, están en oposición con la concepción habitual de la justicia en el campo de las relaciones humanas. Si juzgamos humanamente, a cada uno se le debería haber pagado de acuerdo a la duración de su trabajo. Pero la justicia de Dios es al mismo tiempo la misericordia que se transforma en bondad en favor del hombre, sin mérito de su parte. Justicia y misericordia proceden de la misma fuente: el amor de Dios que tiene piedad de nosotros, nos acoge y nos hace sus hijos.

4. Las condiciones necesarias para recibir la misericordia de Dios: humildad y propósito de conversión

“¿Hay, aquí tal vez misericordia de Dios?”. Dios ofrece su misericordia. No quiere imponerla. Quiere que se la roguemos. Y es este pedido lo que hoy es difícil para muchos. Prefieren exigir su derecho más que pedir misericordia. No obstante, cuando alguien pide a Dios que tenga piedad, se le ofrece la misericordia de Dios.

La misericordia de Dios se encuentra sólo donde alguien se sabe dependiente de Dios, donde alguien tiene necesidad de Él. Por supuesto, la misericordia de Dios debe expresarse en la

misericordia de los cristianos.

Los cristianos no cumplen el precepto: “Sean misericordiosos como su Padre es misericordioso” (Lc 6,36), si no se reconocen a sí mismos en todo momento como beneficiarios de la misericordia del Padre.

Sólo el humilde puede tener confianza en la misericordia de Dios, es decir, aquel que no tiene más que a Dios y que sabe que depende completamente de Él aunque emplea todas sus fuerzas en hacer el bien y evitar el mal. El humilde reconoce sus límites con toda honestidad, y sabe que es débil. Pero si nosotros rehusamos hablar del pecado y de la falta, o bien, si buscamos y encontramos algún chivo emisario sobre el cual poder arrojar la responsabilidad de nuestras propias culpas –ya sea nuestro ambiente o ciertas relaciones desagradables o malas–, no vamos a encontrar el camino del amor misericordioso de Dios. Así, con toda razón hablamos de la “*felix culpa*” que nos lleva a la conversión y que nos hace redescubrir a Dios.

Las condiciones necesarias para recibir la misericordia de Dios son pues una disposición cotidiana a convertirse y un sentido de la propia responsabilidad personal que hace reconocer la propia culpabilidad y obrar en consecuencia. Esa persona sabe que no puede salir sola de esa situación, o por sus propios esfuerzos liberarse de ella. Se pone totalmente en manos de Dios sabiendo que Dios tendrá piedad de ella, y –lo que es determinante– sabiendo que Dios tiene compasión por pura gracia, y no porque tengamos algún derecho a su misericordia. San Pablo explica: “Dios dice a Moisés: ‘Seré misericordioso con quien lo sea; me apiadaré de quien me apiade’. Por tanto, no se trata de querer o de correr, sino de que Dios tenga misericordia” (RM 9,15-16).

III. Buscar la misericordia de Dios

Cuando el monjecito preguntó: “¿Hay aquí tal vez misericordia de Dios?”, el hermano se sorprendió mucho. Estaba dispuesto a dar lo que el joven monje le pidiera; le había dicho: “Todo lo que tú quieras está allí; toma todo lo que necesites”. Sin embargo, no todo estaba allí. El monjecito pidió la misericordia de Dios, y la pidió con insistencia: tres veces.

“¿Hay aquí tal vez misericordia de Dios?” Esta pregunta también se nos dirige a nosotros:

- ¿Hay aquí la misericordia que hemos pedido antes de nuestra profesión?
- ¿Hay aquí verdaderamente la misericordia de Dios que todos los días invocamos?
- ¿Hay aquí la misericordia de Dios, que sabemos que necesitamos porque sin ella nos quedamos sin fuerzas y esclavos de nuestras faltas?
- ¿Hay aquí la misericordia de Dios de manera que nadie pueda desesperar de ella?
- ¿Hay aquí la misericordia de Dios que nos quita todo temor y hace que nos abandonemos en sus brazos abiertos?

Por la pregunta del monjecito el hermano deja su jardín y todos los frutos que había cultivado y recogido allí. Se marcha al desierto diciendo: “Quiero ir a buscar la misericordia de Dios”. A pesar de su servicialidad, no había podido dar ninguna respuesta a la pregunta que se le planteó. Sin embargo, reconoció que era absolutamente necesario –con una necesidad de salvación– dar una respuesta. Se dio cuenta de que todo dependía de ella. Y no pudo encontrarla más que dejándolo todo, marchándose al desierto y confiándose allá a la misericordia de Dios.

Antes de profesar nosotros pedimos la misericordia de Dios. Queríamos entregarnos a ella, y depender totalmente de ella. No pedimos un trabajo interesante, capaz de satisfacernos, o una vida fácil, apacible. Pedimos la misericordia de Dios.

Si hoy nos interrogamos “¿Hay aquí, en mí, misericordia de Dios?”, quizás debamos constatar

que nos hemos vuelto dependientes de muchas cosas, y no solamente de la misericordia de Dios. Podemos mencionar tal realización importante en nuestro trabajo o en nuestra oración, y descubrir que por medio de esos frutos de nuestra actividad buscamos asegurarnos: “Al ver Dios todo lo que yo hice, todo lo que yo hago, –y a favor de los demás–, no puede dejar de darme el salario merecido”. Y constatamos con aire desenvuelto que ya en absoluto tenemos necesidad de la misericordia de Dios.

Quizás también nosotros nos sorprendemos por la pregunta del monjecito. Quizás reconocemos que también nos hace falta marchar al desierto para buscar allí la misericordia de Dios y para probarnos con el objeto de ver si verdaderamente la misericordia de Dios y su gracia nos bastan. Quizás entonces descubriremos de una manera totalmente nueva, que Dios llega a nosotros como el amor misericordioso del que depende nuestra vida; que si nos volvemos a Él, Él nos acogerá con todo nuestro pasado y nuestro presente, y que en el futuro, en ningún momento y en ninguna circunstancia, jamás habrá para nosotros motivo de desesperar de su misericordia.



*Abtei Varenzell
Rietberg – Alemania*